

SUCESOS CONTEMPORÁNEOS.



La enferma de Gonzar.

Vamos á presentar una muger que hace treinta y cuatro años vive sin alimentarse. Este fenómeno de que hay ejemplo en la historia de medicina, es una prueba de que poco valen la observacion y el estudio, cuando la Providencia presenta al saber enfermedades que contradicen la opinion constante de los inteligentes. Por mi parte, me contentaré con presentar los datos biográficos de esta enferma, puesto que ajeno á la profunda ciencia que enseña á conocer al hombre, y que le libra á veces de precipitarse en la horrosa sima á donde todos dirigen sin conocerlo sus pisadas, no me es permitido penetrar en las razonadas opiniones á que ha dado lugar este fenómeno.

Josefa de la Torre, que así se llama la enferma de Gonzar, nació en 1772 ó 1773 en Santa Marina de Gontrar, y á la edad de veinte y tres años contrajo matrimonio con Roque Tojo, labrador de la parroquia de Gonzar, del cual tuvo tres hijos. En 1806 salió una vez al aire y á la lluvia, sofocada mas de lo regular, y por ello le acometió un parasismo que se hizo dueño de su persona por espacio de dos dias, abandonándola para atacarle con mas violencia en di-

versas ocasiones. Después le sobrevino una fuerte hinchazon de todo el cuerpo, que la imposibilitó; y viéndose obligada á guardar cama á últimos del mismo año no cesaba de recordar la imprevision que tan graves consecuencias reportara á su salud. Durante los dos primeras semanas de esta dolencia, Josefa de la Torre ejecutaba libremente todos los movimientos del cuerpo, mas una nueva, muy dolorosa para los corazones sensibles, la envolvió en la enfermedad que la lleva con calma al sepulcro. Supo la muerte de su madre nuestra enferma, y entonces volvió á acometerle el parasismo, y quedó inmóvil, recobrando el uso de sus facultades intelectuales. A principios de 1808 rompió la hinchazon que se aumentara en un grado peligrósimo. La lámina que acompaña á este artículo, ha sido copiada de una original del artista Cancela, profesor de la escuela de dibujo de la Sociedad Económica de Santiago, y es un fiel retrato de esta desgraciada enferma, y una pintura verdadera de la situacion que tiene invariable desde su último parasismo. Su habitacion es una casa de aldea, pobre y reducida como las esperanzas de aquellos colonos abrumados de

recargos y contribuciones, y la que se reduce á una mala cama rodeada de tablas que reciben el espeso humo del hogar. El estado de la enferma puede describirse de la manera siguiente: está recostada un poco sobre el lado derecho, con las piernas encogidas de tal suerte que los muslos se unieron al vientre, y las pantorillas á los muslos. La desgraciada Josefa de la Torre no vé, tiene un olfato muy débil, buen oído, habla muy poco á no ser con el confesor, tiene el semblante bastante terso, y tose escasamente, no expectorando ni moviendo la cabeza. Tampoco tiene mal olor, y no produce escremento alguno á no ser que se cuentan como tal varias lágrimas que se desprenden de sus ojos. Los vómitos que le acometieron en los primeros períodos de la enfermedad, y mucho mas cuando comía, la obligaron á privarse de toda clase de alimentos.

El párroco de la aldea fue el primero que se fijó en este fenómeno interesante para las ciencias médicas, hasta que llamando la atención de los inteligentes y de los curiosos, el Arzobispo de Santiago Velez envió sus comisionados para que la observasen con prolija atención. Todos unánimes, despues de diez y siete dias de exámen severo, decidieron sin vacilar que esta enferma vivía sin alimentarse. El vulgo que guiado por la miseria de su talento, quiere hallar en todas partes pruebas sobrenaturales que revelen un poder omnímodo, cayó en la debilidad de apellidar esto un efecto divino, y que séres anjélicos la alimentaban en alta noche por recompensa de su beatitud. Los hombres de la ciencia solo manifiestan que es una enfermedad, ó consecuencia de este mal, la abstinencia de que hace 35 años goza en su tranquila y devota vida.

Despues que se esparció la noticia de este fenómeno, se imprimió un folleto que describía los antecedentes de la enfermedad, y por todas partes se copió, viéndose impreso en el reino extranjero, como lo prueba *El Instructor*, periódico de Londres. El Sr. Varela, profesor de fisiología de la Universidad de Santiago ha publicado un escrito destinado á resolver este fenómeno, tratando de rebatir con las armas de la sana crítica y de la profunda erudición, el fallo que daba el vulgo á la enfermedad de Josefa de la Torre. El Sr. Zelada publicó en esta Corte un *Exámen-médico-filosófico*, y si bien es cierto que no puedo decidir de su mérito en cuanto á los nuevos principios que desenvuelve en su obra, tócame concluir manifestando que abunda en rasgos de un colorido poético, y que el estilo de la obra es vigoroso y bien sostenido.

Hé aqui lo que se puede decir de la enferma de Gonzar; ahora quedan para el campo del exámen y de la discusión las opiniones que pueden emplearse para la resolución de este fenómeno sorprendente, que la Providencia ha querido colocar en uno de los lugares mas amenos y floridos de Galicia.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

COSTUMBRES.

TIPOS DEL PUEBLO.

EL ESCRIBANO. (1).

Así como hay ángeles buenos y malos, así hay también malos y buenos escribanos; pero con esta diferencia: « El ángel bueno es un espíritu purísimo, destello de la divinidad, y lumínar eterno del radiante trono del Altísimo. El escribano bueno es un ser opaco, una planta estéril, y un viviente sin fama ni celebridad. O por mejor decir: de puro bueno se hace malo, porque entre la familia escribanil solo merece el dictado de bueno el que esencialmente es malo. Lo lleva consigo el oficio, y como dijo Quevedo: « muchos » hay buenos escribanos, pero de sí el oficio es con » los buenos como la mar con los muertos, que no » los consiente, y dentro de tres dias los echa á la » orilla. » — El escribano, pues, por lo que tiene de diabólico es parecido al ángel malo. El escribano es uno de los cinco males necesarios en la sociedad.

Mucho ha degenerado este tipo. En lo antiguo un inmenso farrago llenaba los instrumentos públicos, y se veían erizados de caracteres góticos casi ilegibles. Pero apareció Febrero en el último siglo; y su obra colosal, mirada con asombro y buscada con ansiedad, ha causado una revolución completa en el mundo curial. Ya no es el escribano como en su origen, un mero esclavo, ni tampoco el hombre rutinario que solo aprendía prácticas erróneas por el sendero de la imitación. El siglo XIX le ofrece exactos modelos y formularios correctos; pero también le brinda con la vaguedad y la falta de fijeza que caracterizan á este siglo vaporoso é ideal.

El escribano merece ser observado en su oficina y en el tribunal: en la parte escrituraria, y en la judicial. La sociedad tiene un interés vivísimo por las obras redactadas en el silencio de la escribanía, y bajo el escudo tutelar de la fé pública. Allí, en el santuario de la confianza se ven las pruebas de lealtad y de inteligencia, ó de iniquidad é ignorancia. — El escribano ejerce la influencia mas trascendental. La alteracion de una palabra, la impropia colocacion de una frase; si hay alguna cláusula mal esplicada, ó no se ha dado á las condiciones la expresion precisa; ¡ qué diverso sentido resulta á los convenios! ¡ Cuántas dudas, qué de pleitos, cuantos dispendios, qué consecuencias tan gravosas arrastran en pos de sí!... Pues estos defectos los causan la presuncion y la ignorancia, la pereza y el abandono; y también á veces, aunque raras, la perfidia y el dolo. Si el escribano es perezoso, oye á los contratantes de prisa, toma una ligera nota de su convenio, deja pasar tiempo, y cuando se estiende

(1) Véase el número anterior.

la escritura ha olvidado ya la voluntad de los contrayentes. Si es presumido encomienda á su memoria el relato, ostenta erudición, dá consejos impertinentes, y al tiempo del otorgamiento altera presuntuosamente la voluntad de sus parroquianos. Y si es travieso y diabólico procura llenar de oscuridad el documento, empleando términos equívocos y voces ambiguas, que presenten dudas y necesiten aclaraciones, y dén entrada á los manejos arteros y suspicaces. Como quiera que sea, el escribano acostumbra cobrar su estipendio al convenirse las partes en la formación de escritura, y no tiene prisa ya porque se ponga en limpio en el protocolo.—Pocos son, pero algunos hay que solo atentos al lucro, y deseosos de salir del paso cuanto antes, encierran un corto apunte dentro del papel sellado con las firmas en blanco. ¡Ay de esas firmas al aire, estampadas por la simplicidad, cedidas por la buena fé, y entregadas por la ignorancia! ¡Ay de esas firmas anticipadas, que cuando se han ido á examinar, no siempre han parecido llevando el objeto que se propusieron! ¡Ay de esas firmas en blanco, si se apodera de ellas la mala fe, la perfidia y la falsedad!

Cuando el escribano es hombre de bien, suele ser escrupuloso y fanático, y atestando de redundancias á sus instrumentos los hace difusos y complicados, lo que ofrece otro distinto inconveniente.

Peró el acto mas sério y trascendental, y el de mayor asposicion y riesgo es la disposicion testamentaria. ¡Cuántas faltas vemos en el modo de ordenarla! ¡Cuántas en los testigos presenciales! ¡Qué poco determinimiento para reconocer la aptitud del testador moribundo! ¡Qué osadía tan reprobada para interrogar su voluntad!... «*¿Usted instituye heredero á Fulano, y deja esta manda á Feltrano*» etc. suele ser en ciertas ocasiones la palabra emitida por el escribano. Y si la dirige á un ser casi inanimado que solo responde abriendo los ojos, y con la insinuacion de un movimiento de cabeza, ¿qué valor se le dará á este acto? ¿Qué testimonio puede dar allí á la sociedad el depositario de la fé pública? Reglas innumerables tiene el escribano para formar por ellas su conducta, pero el defecto sustancial de este funcionario es que mas bien se acomoda á la rutina que á los preceptos, y antes sigue sus inspiraciones que las doctrinas, especialmente si la señora del enfermo testador, ó sus sobrinos y presuntos herederos le insinúan previamente su voluntad. ¿Y si el ama de algun eclesiástico le indica sus largos servicios, y la consideracion á alguna manda ó legado, ó seaso á la herencia entera? El escribano siempre dócil y oficioso (*por cuanto vos* etc.) recuerda al testador los méritos y buenas prendas de su ama, el desamparo de los sirvientes y demas, hasta hacerle oír la voz de la conciencia.

Si el escribano es rico, desatiende los asuntos de la escribanía y confiándolos á algun pasante *diestro* se contenta con firmar, y los que le buscan despues de pagarle bien su trabajo, le suplican que los despache por favor.—Si es pobre y necesitado, ¿qué freno bastará á su codicia? ¿Se podrá encontrar en él la garan-

tía que propuso el Rey Sabio? «Lealtanza es una bondad, dice, que está bien en todo home, é *señaladamente en los escribanos*, que son puestos para facer las causas de los Reyes, ó las otras que llaman *públicas*, que se facen en las eibdades é en las villas.»—El escribano pobre difícilmente es leal para guardar el secreto en negocios que no deben revelarse; para redactar con desinteresada exactitud las convenciones, y para conservar en su archivo intactos los instrumentos otorgados.

Y viniendo ya á reconocer los archivos, ¿qué nos presenta por lo general el escribano? Legajos mal cosidos, rara vez foliados, y cuadernos con cubiertas de papel en lugar de los forros de pergamino. ¿Y si por matrices aparecen solo los pliegos del sello cuarto con el membrete, la minuta dentro y las firmas en blanco? Muy rara vez se vé tanta informalidad, pero se la ha visto; ¡y cuántos perjuicios ha causado!... Mayores son ciertamente, si ni en borrador, ni en limpio, ni viva ni muerta parece la escritura. Y si el escribano ha muerto y no existen los testigos, ¿quién puede explicar los resultados? ¿quién sabrá remedjar los daños? Por fortuna está muy remota esa triste perspectiva, y lo mas frecuente es que el escribano cuide del buen arreglo y organizacion de su oficina.

Le hemos visto ya en los lugares y aldeas ocupando un puesto eminente, y formando con el cura, el médico y el boticario la clase aristocrática de aquella sociedad. Le hemos considerado en las villas populosas y en las ciudades perteneciendo á la clase media, y figurando allí segun la importancia de su destino. Le hemos reconocido en la secretaria de Ayuntamiento, siendo el mentor de los alcaldes y la voz viva de la corporacion. Y por último, se nos ha presentado tambien en lo interior de su oficina, y desempeñando sus facultades escriturarias.—¿Qué nos resta saber, pues, del escribano? Su conducta ante el tribunal como oficial público y cual auxiliar de la justicia.

(Se continuará).

R. LOPEZ BARROSO.

NOVELA.

EL ESCLAYO. (1)

VI.

Arvinos estuvo un momento sin ver nada, sin oír nada, y como desmayado de alegría en los brazos de su madre. Jamás habia conmovido á aquel joven corazon una sensacion tan fuerte. Norva estaba loca de alegría; reía y sollozaba á un tiempo, haciendo sonar las palmas, y cubriendo de besos á su hijo.

Calmado aquel primer delirio de ternura, le espli-

(1) Véase el número anterior.

có Arvinos la causa del castigo que sufría, y al saber que ella era el involuntario motivo, volvió á entragarse de nuevo la pobre madre á sus caricias y á sus lloros. El jóven se esforzó en consolarla: el placer de verla había borrado enteramente su indignacion; ya no pensaba en la horquilla ni en las cadenas que le sujetaban; hubiera consentido en permanecer de aquel modo toda su vida con tal de ver á su madre junto á él y recibir sus caricias.

Norva se sentó á sus pies, y le contó como habiendo sabido el nombre y la residencia de su amo, había huido de casa de Metella, sin acordarse mas que de encontrar el palacio de Corvino para volverle á ver. Preguntóle cuanto había hecho, cuanto había pensado durante este largo año de separacion. Ella había agotado los dolores mas acervos de la esclavitud. Metella sin piedad, como todas las mugeres que solo se ocupan de su hermosura, se vengaba en sus esclavas del menor agravio que su vanidad sufría en el mundo. Sus momentáneos fastidios, sus impaciencias, sus caprichos, se conocían siempre por algun castigo cruel impuesto á los que la servían. Entonces hallaba cierta voluptuosidad feroz en verlos padecer en su presencia. Por el menor descuido les obligaba á arrodillarse y á hinchar los carrillos para que pudiera abofetearlos mejor. Morgan, comprado por ella al mismo tiempo que Norva, había sido azotado ya tres veces por no haberse querido someter á aquella humillacion.

Arvinos al escuchar á su madre, hubo de confesar que la casualidad le había favorecido haciéndole esclavo del sibarita Corvino.

Sin embargo Nafael acababa de saber el castigo á que había sido condenado Arvinos, y se aprovechó de un momento en que pasó su amo á la biblioteca para pedir el perdon del jóven. Corvino hizo señal de que lo concedía, y el jóven Celta fue desatado. Entonces pudo llevar á su madre á un sitio mas retirado, y prosiguieron su coloquio con mayor libertad.

Norva y su hijo olvidaron durante algunas horas su situacion. Hablaban de la Armórica en su lengua, recordaban las circunstancias de su vida pasada, los nombres de aquellos que habían conocido, los sitios en que habían sido felices. Arvinos recobraba el acento, el gesto, la poesía y las creencias á que su infancia había estado acostumbrado; ya no se hallaba en Roma, no era esclavo ya; era el hijo del gran gefe Menru, sentado en el hogar de su madre, y aprendiendo de ella las tradiciones de su pueblo.

Llegó la noche sin que Norva ni su hijo lo advirtieran. Alzados los ojos hácia el cielo azulado de Italia cubierto de brillantes estrellas, prosiguieron ocupándose de su ausente patria, sin advertir el transcurso de las horas. Arvinos confió á su madre su esperanza de libertarse.

—Morgan nos habla tambien de libertad, dijo Norva; pero espera obtenerla, no con el oro, sino con el hierro.

—¿Se pensaría acaso en una sublevacion? preguntó vivamente Arvinos.

—Lo temo, contestó Norva. Morgan está en relacio-

nes con esclavos de nuestra nacion. La mayor parte de ellos han empleado su peculio en comprar armas, y á la primer oportunidad, pueden dar el grito de guerra. Los Dacios y los Germanos, tambien conspiran misteriosamente, y oigo recordar siempre á voz baja, el nombre de Spartaco.

Los ojos de Arvinos se inflamaron; advirtiéndole Norva, y asiéndole con ternura la mano:

—Acuérdate de que eres demasiado jóven para tomar parte en semejante empresa, le dijo.

—Tengo ya quince años, replicó Arvinos impaciente.

—No tienes la edad de los guerreros, ya lo sabes: para sostener el grande nombre que llevas, se necesitan brazos mas fuertes y ejercitados. Morgan lo ha dicho, y yo te prohibo tomar parte en esta sublevacion.

—Obedeceré, madre mia, contestó Arvinos, con voz apagada y los ojos enchidos de lágrimas.

Norva le inclinó la cabeza sobre sus rodillas con la cariñosa compasion de una madre, y le dió un beso en la frente.

—No te impacientes, niño continuó; ya llegarás á la edad del hombre, y entonces ningun poder tendré sobre tí; podrás elegir un campo de batalla donde quieras; pero hasta entonces, deja que use de mi autoridad para preservar tu vida; déjame gozar de esas últimas alegrías de una madre que siente que su hijo va á salir de la infancia, y á escapársele. ¡Ah! pronto no me pertenecerás! entregado á tus pasiones, á tu alvedrío, ó otra muger tal vez!... No te pesen estas horas de reinado, y no te enojos contra la tierna tirania de la que te dió la vida. Aun mezo hoy al niño entre mis brazos; mañana será hombre, y yo solo madre á medias, pues ya no podré protegerle.

Norva había pronunciado estas palabras con tan triste y dulce acento, que Arvinos se enterneció; estrechóle contra su corazon dándole los mas tiernos nombres, y le ofreció someterse sin pesar á todos sus deseos.

VII.

En tan tiernos coloquios habían pasado la noche y ya salía el sol; Norva pensó al fin en volver á casa de su señora, y el niño pidió y obtuvo permiso para acompañarla. Bajaban ambos el monte Coelio, cuando divisaron una cuadrilla de esclavos dirigidos por un liberto. Norva á su vista, se detuvo sobrecogida.

—Son los familiares de Metella, dijo.

Los esclavos acababan de reconocer á la madre de Arvinos, corrieron hácia ella y la rodearon.

—¿Con que te hemos cogido al fin? dijo el liberto.

—¿Qué queréis decir? exclamó Norva.

—¿No has huido de casa de tu señora?

—Volví á ella.

—Todos los esclavos que se han escapado dicen lo mismo, contestó el liberto: atadla las manos y llevadla.

Norva quiso dar explicaciones, pero la impusieron silencio. Tampoco Arvinos logró que le escuchasen, y se llevaron á su madre á pesar de sus esfuerzos.

—¿Pero qué vais á hacer? preguntó asombrado el jóven.

—¿No sabes lo que les espera á los esclavos que se escapan? Para que no vuelvan á perderse, se les marca en la frente con un hierro ardiendo.

Arvinos dió un grito:

—Es posible, dijo: veré á vuestra ama, me arrojaré á sus pies.

—Si la incomodas, te impondrá el mismo castigo, contestó el liberto.

—¡A mí! exclamó el niño.

—Puede hacerlo, pagando á Corvino el perjuicio que le haya causado. ¿Olvidas acaso que un esclavo no es otra cosa que un vaso de algun valor? Si se desmorona ó se quiebra, se indemniza al dueño, y se concluyó.

—Véte, véte, exclamó la madre espantada.

Pero Arvinos no la escuchaba, y llegaron juntos al palacio de Metella, que no habia regresado aun. Dióse aviso al intendente el cual fue á informarse de lo que se trataba. Arvinos quiso rogar, pero fue rechazado con dureza.

—¿No hay ningún medio de salvar á mi madre? preguntó desesperado.

—Comprarla, contestó el intendente con ironía.

¡Comprarla! repitió Arvinos, ¿un esclavo puede comprar á otro?

—¿Con que no sabes lo que significa un *vicario*?

Arvinos recordó en efecto que algunos de sus compañeros tenian á sus órdenes esclavos, á los cuales entregaban los trabajos mas rudos y groseros: pero ignoraba que los hubiesen comprado con su peculio.

—¿Cuánto se necesitaría para librar á mi madre? preguntó temblando.

—Tres mil sestercios.

El jóven apretó las manos desesperado.

—Solo tengo dos mil, murmuró.

Pero de repente acudió una esperanza á su imaginacion. Muchos de sus compañeros tenian un *peculio*; sin duda no se negarian á prestarle cada uno de ellos algunos *ases*, y tal vez de este modo podría reunir lo que le faltaba. Corrió al intendente que se retiraba.

—Pronto volveré con los tres mil sestercios, dijo con voz suplicante, prometédme solo que suspendereis el castigo.

—Te concedo hasta la hora cuarta.

Arvinos le dió las gracias, abrazó á su madre, y se marchó. Fue primero á buscar su *peculio* y lo contó de nuevo. Halló que en efecto le faltaban mil sestercios para completar la suma pedida, y bajó al cuarto de los esclavos para implorar su socorro.

Pero ninguno halló. Todo era confusion en casa de Corvino: perseguido por los *feneradores*, cuyos usuarios préstamos habian apresurado su ruina, el jóven patrio acababa de dejar su domicilio invadido por la justicia. Estaban ya colgados unos carteles con copia del edicto del magistrado, y anunciando la venta de cuanto le pertenecia. Los administradores del tesoro de Saturno, que debian presidir la almoneda, acababan de llegar, así como el *platero* encargado de recibir el va-

lor de los objetos. Se estaba concluyendo el inventario de los bienes de Corvino.

En aquel momento fue cuando se presentó Arvinos llevando en la mano su dinero. Uno de los acreedores, comisionado por los demás, lo advirtió:

—¿Qué llevas ahí? preguntó al jóven.

—Mi *peculio*, contestó Arvinos.

—¿A cuánto asciende?

—A dos mil sestercios.

—Contribuirán á la liquidacion de Corvino, dijo el Romano, alargando la mano hácia el vaso en que Arvinos habia depositado sus ahorros.

—¡Este dinero es mio! exclamó el niño, esforzándose en defenderse.

—¡Esclavo! pertenece á tu dueño, contestó el acreedor: nada tienes propio; ni aun la vida. Entrega pues estos dos mil sestercios, ó cuidado con los azotes.

—¡Jamás! ¡jamás! exclamó Arvinos, estrechando su tesoro contra su pecho. Este *peculio* le he economizado á costa de mi hambre y de mi sueño; está destinado para comprar á mi madre. Mi madre sufre hoy el suplicio de los fugitivos, si no llevo á su señora tres mil sestercios. ¡Ah! no me quiteis este dinero, ciudadanos!... si no lo haceis por justicia hacedlo por compasion... Tambien vosotros tenéis madre... ¡Gracia! ¡gracia! os lo pido de rodillas.

El jóven Celta habia caido á los pies de los tesoreros de Saturno y del acreedor. Este se encogió de hombros, é hizo señal á los heraldos encargados de anunciar la venta. Acercáronse á Arvinos é intentaron arrebatarle los dos mil sestercios; el niño luchaba con amenazas y furiosos gritos; pero demasiado débil para resistir á hombres, pronto fue derribado y despojado.

Levantóse cubierto de polvo y lleno de rabia, buscando con la vista un arma de que pudiera servirse. Los heraldos le cogieron riéndose, le lanzaron fuera del patio, y cerraron la puerta. Arvinos daba en ella golpes con la cabeza y los puños, cual si quisiera castigarse á sí mismo de su impotencia. En aquel momento sintió apoyarse ligeramente una mano sobre su hombro; se volvió, y vió á Nafael.

—¿Qué tienes, muchacho? le preguntó este.

—¡Mi madre! exclamó Arvinos, cuya voz sofocada por la cólera y los sollozos no pudo pronunciar mas que estas palabras.

El Armenio trató de calmarlo con algunas palabras tiernas, y le hizo contar lo que le habia sucedido.

—Consuélate, le dijo el Armenio; mi *peculio* no ha sido confiscado; asciende á cuatro mil sestercios, y te los doi.

Arvinos retrocedió sorprendido, no atreviéndose á creer lo que oía.

—Ven, añadió Nafael, lo tengo depositado en casa de un hermano de la calle Suburana, y vamos á pedirselo.

El jóven Celta quiso darle gracias, pero el Armenio le impuso silencio.

El beneficio que puede hacerse se vuelve mas en provecho del que lo hace que del que lo recibe, dijo; pues este solo recibe un auxilio terrestre y pasajero,

al paso que el otro adquiere un derecho á felicidades eternas; con que no me des gracias, y sígueme.

Pasaron ambos á casa del depositario; pero estaba ausente, y fue preciso aguardar mucho tiempo. Horrible era la angustia de Arvinos, receloso de llegar demasiado tarde.

Llegó por fin el judío que guardaba el *peculio* de Nafael; entregó al joven Celta los cuatro mil sestercios, el cual se encaminó corriendo al palacio de Metella. Al pasar por delante de la basílica de Julia, levantó la cabeza; ¡el clípsidro señalaba la hora cuarta! Arvinos sintió belársele el corazón. Corrió como un desesperado, atravesó el Foro, y descubrió la puerta de Metella. En el momento de pisar el umbral resonó un horrible grito. Arvinos se apoyó vacilante contra el muro.

—Llegas demasiado tarde, le dijo Morgan, que le esperaba en la entrada.

—¡Oh madre mia!... ¿dónde está? exclamó Arvinos.

—El viejo Celta sin contestarle le agarró de la mano, y le llevó hácia el patio, lleno de esclavos que hablaban en voz baja, estando en el centro el corrector con un brasero encendido; Norva estaba encogida á sus pies!...

Arvinos se arrojó á ella estendiendo los brazos; pero apenas la vió, exhaló un grito de horror, una nube ofuscaba su vista, vacilaban sus piernas, y cayó sin sentido al lado de su madre.

(Se continuará).

MISCELANEA.

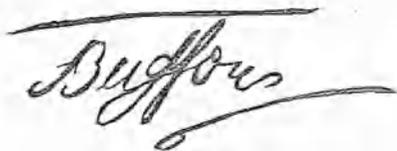
Fac-simile de las firmas de personas célebres, nacionales y extranjeras.

No faltará tal vez quien pregunte ¿cuál puede ser la utilidad de publicar los *autógrafos*? y nosotros contestaremos á esta pregunta, que además de satisfacer la curiosidad y recordar de este modo la memoria de las personas que han adquirido alguna celebridad, así en las ciencias y las artes, como en la política y administración, pueden servir también para fijar importantes puntos de historia, y para rectificar el modo de escribir ciertos nombres propios, como por ejemplo el de *Leibnitz*, que se escribe generalmente así, cuando por el contrario se llamaba *Leibniz*, y por este estilo otros muchos como se advertirá con la reproducción de sus firmas.

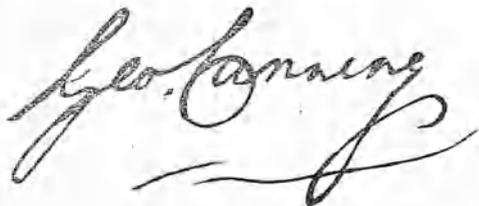
La importancia y curiosidad de colecciones de autógrafos no se ha ocultado á las personas eruditas y á los bibliófilos, y esto mismo nos ha inducido á publicar en nuestro *Semanario* alternadamente, una colección que, si no llega á ser tan completa como algunas muy notables que existen en poder de personas ilustradas, contendrá firmas curiosas acompañadas de una ligera noticia acerca de las personas que las usaban. Deseosos de dar á nuestra colección toda la extensión posible, recibiremos con gusto y agradecimiento, y las publicaremos, las firmas autógrafas de personas distinguidas así nacionales como extranjeras, que se nos quieran comunicar.

LOPE DE VEGA CARPIO. Nació en Madrid en 25 de Noviembre, en la Puerta de Guadalajara y parroquia de S. Miguel, siendo sus padres Felix de Vega y Francisca Fernandez pertenecientes á la clase noble. Su vida fue sumamente dramática, pues despues de haber sido estudiante y militar, estuvo casado dos veces y luego adoptó el estado eclesiástico. Fue poeta desde

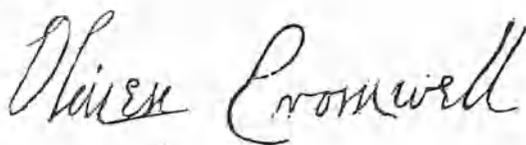
su mas tierna edad, y considerado en su tiempo como un prodigio por la inmensidad de sus obras, ascendiendo el número de comedias que compuso á 1800. Murió en 27 de Agosto de 1635, en su propia casa en la calle de Francos, y fue enterrado con mucha pompa en la parroquia de S. Sebastian.



BUFFON. Nació en Montbard en Borgoña en 1707, y murió en 1778. La biografía de este grande naturalista de los tiempos modernos, es demasiado conocida para que haya necesidad de ninguna indicacion para dar á conocer sus grandes cualidades y servicios.



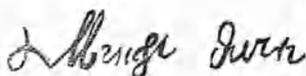
JORGE CANNING. Nació en 1770 y murió en 1827. Fue uno de los hombres de Estado mas hábiles y poderosos de los tiempos modernos. Durante algun tiempo dispuso casi soberanamente del crédito, de las armas y de las riquezas de la Gran Bretaña.



OLIVEROS CROMWEL. Nació en 1599 y murió en 1658. Reinó en Inglaterra, bajo el título de Protector desde 1653 á 1658. Véase su biografía en el *Semanario* número 35 del año 1836.



EDMUNDO BURKE. Nació en Dublin el 1.º de Enero de 1730 y murió en 1797 á la edad de 68 años. Célebre escritor y orador político inglés, fue uno de los mas violentos enemigos de la revolucion francesa.

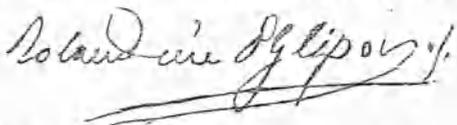


ALBERTO DURERO. Nació en Nuremberg en 1471 y murió en 1528. Es considerado como el mayor artista de la escuela alemana, y fue pintor, grabador, y escultor.

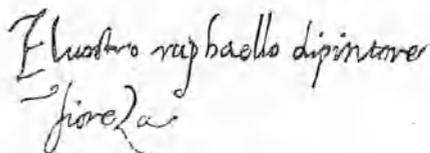


BENJAMIN FRANKLIN. Nació en Boston en 1706, y murió en 1790. Hijo de un impresor, adoptó el mismo oficio y adquirió en él una fortuna considerable. Desempeñó despues muchas comisiones y embajadas de la República de los Estados-Unidos, y fue elegido dos veces presidente en las asambleas de la Pensilvania su patria. El siguiente verso de Turgot, tal vez el mejor compuesto en latin por un moderno, espresa sus principales títulos de celebridad.

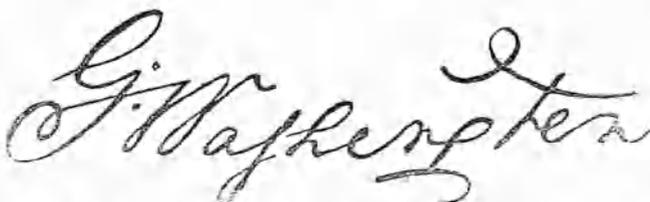
Eripuit celo fulmen sceptrumque tyrannis.



MADAMA ROLAND nacida PHILIPON. Nació en París en 1754, y fue guillotinado el 8 de Noviembre de 1793. Hija de un grabador oscuro, llegó á ser esposa del ministro de Luis XVI, y uno de los caracteres de muger mas notables de la revolucion francesa. Léense siempre con placer las memorias en que se retrata con tanta franqueza, como gracia y pudor.



VUESTRO RAFAEL, PINTOR, *Florenca*. Rafael Sanzio el mas célebre pintor de los tiempos modernos; nació en Urbino el dia de Viernes Santo del año 1483, y murió en el mismo dia del de 1520.



JORGE WASHINGTON. Nació el 22 de Febrero de | 1732, y murió en 14 de Diciembre de 1799. Fue pri-

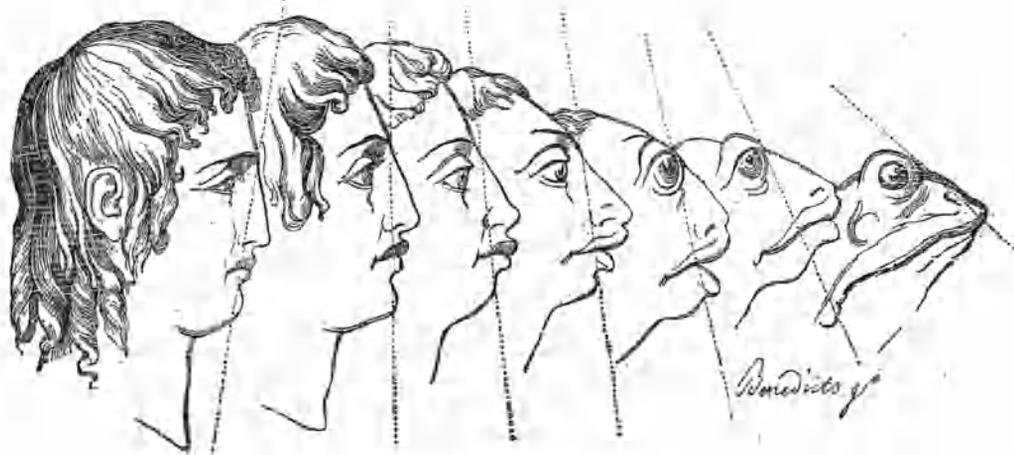
mero agrimensor, luego General en Jefe de la confederación de los Estados-Unidos, y por último presidente de la República. Cuando murió, los habitantes de los Estados-Unidos llevaron una gasa negra en el brazo durante 30 días. Bonaparte vistió luto, y lo hizo llevar á las autoridades civiles y militares de la República. Tal vez es el carácter político mas bello de los tiempos modernos: se decidió por la libertad de su patria, y después del triunfo no abusó del poder.

De Holstein

DE HOLSTEIN (Mme. Stael). Hija del ministro Nec-

ker, nació en París en 1766, y murió en 14 de Julio de 1817. Sufrió muchas persecuciones de parte de Napoleón, y es considerada por sus obras como uno de los escritores mas célebres del siglo. La hija de Madama Stael está casada con el Duque de Broglie, que ha sido varias veces ministro en Francia desde la revolución de 1830.

(Se continuará.)



Lo que puede parecer un rostro.

El dibujo que precede es un juguete hecho con el lapiz, muy conocido, y renovado ingeniosamente por Grandville. Entre el perfil de una cabeza hermosa y el mas desagradable de nuestros animales acuáticos, parecerá á primera vista que no hay relacion alguna posible. Grandville llena el vacío ó la distancia en pocos minutos, por medio de una inclinación mas y mas sensible de la línea que debe tocar los puntos salientes de el arca de la cara. Sostiene que, ayudado por el mismo procedimiento, haria experimentar con igual facilidad una transformación semejante á las mas hermosas de nuestras lectoras, variando sin embargo los resultados, y llegando, segun el carácter diferente de sus fisonomías, á los diversos grados del reino animal. El agudo autor de la *Vida privada de los animales* cree sin embargo deber en gran parte sus triunfos al secreto que publicamos. Pero de poco sirve á los discípulos la comunicación de tales secretos, si el maestro no les da también, como suele decirse, el modo de hacer uso de ellos.

No creemos disguste á nuestros lectores la reproducción de estos caprichos del genio, que al paso que distraen el ánimo, dan lugar á comparaciones que cada cual aplica á su manera, y segun los tipos ideales que su imaginación le representa,

SENTENCIAS Y DICHOS AGUDOS.

¡ Ah! si Satanás pudiese amar, dejaría de ser malo.
STA. TERESA.

No hay error que pueda ser útil, ni verdad que pueda dañar.
DE MAISTRE.

Los hombres cuya pasión ha corrompido el juicio, no aciertan á seguir las huellas de la verdad.
BOSSUET.

Mueven mas las lágrimas de una muger el corazón del hombre, que todas las palabras de los filósofos.
L. V.

Una buena cabeza vale mas que cien brazos.
VIAGES DE UN BRACMAN.

Nos contentamos con llenar la memoria, dejando vacíos el entendimiento y la conciencia.
MONTAIGNE.

En nosotros nace la primera idea de justicia, pero no de la que debemos, si de la que se nos debe.
GUYTON DE MORVEAU.